

CAPÍTULO III

Joven todavía no llegaba a los cuarenta años, tenía una vida por delante oscura y negra, como oscura había sido su vida pasada. Se enamoró muy joven, casi niño, un año más tarde el embarazo de su novia, tan niña como él, el casamiento y ponerse a trabajar para mantener a la nueva familia fue un visto y no visto.

Hijo de campesinos con una pequeña granja, en ella y en la aldea pasaba toda su vida. En ese ambiente solo hay el estigma de por vida para la chica o la suicida salida del matrimonio. La última fue la elegida, todo hay que decirlo, por amor y con amor, José Monteñas adoraba a la muchacha. De todas maneras, contentaron a las familias cercanas y lejanas y como no, a la vecindad.

Pero las cosas tal como venían así iban a irse, tragedia no hubo, drama tampoco, pero si decepción por ambas partes, niños eran y niños seguían siendo. Sus padres, hablaron entre ellos con sensatez y realismo, decidieron tomar, como siempre se dijo, cartas en el asunto, concluyendo que la mejor decisión era que cada uno regresase a la casa paterna y que en un futuro, cuando los tres niños creciesen ya ellos verían.

Se convino el importe de la economía de manutención, así como la libre visita al nieto, pues era varón, se insistió que, en lugar de alejar lazos, este hecho debía unirlos y estrecharlos más. Dejando las familias a un lado que nada nos importan, y centrándonos en José Monteñas, ya desenamorado y separado, el trabajo lo llevo a la ciudad y de ésta a algunas otras.

La albañilería fue su dedicación, pero la carpintería no se le daba mal, tenía maña con la madera, con la fontanería y buena mano con la electricidad. Por estas cualidades de trabajador todo terreno, que en este caso estaría mejor expresado diciendo trabajador todo edificio, además de no ser perezoso, era responsable, sus patronos y encargados le pagaban con categoría de oficial de primera. Era ahorrador, pues no albergaba en sí vicios, rehuendo los habituales hábitos de las gentes de su profesión. Pero un día o tal vez una noche, porque había oscurecido hacía horas, la soledad y la ardiente sangre que recorre los cuerpos de los jóvenes, entró en uno de esos locales donde hay mujeres que fuman y beben y se acercan a los hombres, mujeres que otras mujeres detentadoras de la virtud, califican de malas, más por envidia que por la maldad que ellas recriminan.

Entró José Monteñas en el lugar, gustó de esa maldad que a él le pareció el mejor bien, y si ese día o noche salió, al día siguiente o siguiente noche volvió a entrar, y ese entrar y salir fue para él su perdición.

Al tiempo que estaba ocupado con estas entradas y salidas, una colombiana de hablar meloso y culo respingón lo enloqueció, confundiendo por amor el ardiente y constante deseo de ese ser que se le antojaba maravilloso. La verdad, la muchacha hacía con su físico flaquear al propio San Antonio, pero anímicamente era la hermana gemela de Maritornes, aunque José Monteñas, por dentro y por fuera, no veía en ella a otra mujer que a la hermosa Dulcinea. Por ella haría locuras como Don Quijote las hizo, pero él las hizo peores hasta enloquecer, pero no a la manera del hidalgo, este último se había enamorado sin conocer a su amada, se había enamorado de un ideal de mujer necesario para la existencia de un caballero andante y por tanto Dulcinea se había transformado en la razón de su vida. Si ella desaparecía de su imaginación y ensueño ¿qué razón tendrían los grandes hechos que iba a acometer, los grandes peligros a los que se iba a enfrentar y las grandes penurias que pasaría. Para José Monteñas, la estupenda colombiana era tangible, tocable y materializable, en eso no había cabida para la idealización, como para

Don Quijote no la había para una materialización. Pero ambos tenían una cosa en común, el sufrimiento.

El uno sufría en la soledad del alma y la ausencia del cuerpo, el otro sufría en la soledad del alma, pero con la presencia del cuerpo.

Gastaba sus ahorros y lo que ganaba también, pidió anticipos por su trabajo, trabajó horas de más, buscó trabajos extra que pudieran proporcionarle algún dinero a mayores. La estupenda colombiana asesorada por compañeras más expertas y veteranas en el oficio habían planificado la estrategia desplumadora o desplumante que tanto monta o que igual significa. La estupenda colombiana parecía insaciable, lo consumía todo, ordeñaba lo exterior y ordeñaba lo interior. Ante tan insaciable ser, por ese amor de vértigo puteril, buscó el dinero alejándose del cauce normal, convirtiéndose en mula o camello que tanto tiene el llamarlos, pues ambos son animales de carga y de vida jorobada, aunque uno de ellos no la tenga en su grupa. Primero con hachís, del sur al norte, después con cocaína del norte al sur. El dinero caía fácilmente en sus manos e igual de fácilmente salía para caer en las habilidosas manos de la habilidosa y bella colombiana. Abandonó el trabajo, demasiado esfuerzo –se dijo– para tan poco dinero, y siguió yendo y viniendo hasta que en una de esas idas y venidas le echaron el guante, por chivatazo evidentemente. En el mundillo de lo ilegal es la patada traicionera lo que manda. Tres años cumplió encarcelado, un abogado inepto y un juez excesivamente cumplidor con la ley, porque un sobrino se había enganchado a la heroína, lo convirtieron en diana y chivo expiatorio de causas personales más que legales.

En prisión aprendió a sobrevivir sin gran esfuerzo, pues la calaña en prisión no es tan calaña, excepto los que lo son por naturaleza. Poco hubo que contar de la experiencia, allí los días son iguales a las noches, la semana igual al mes y el mes igual al año. El tedio es el mayor de los castigos que puede infligírsele a un reo. José Monteñas entró en talleres y como tenía tiempo perfeccionó sus habilidades. También conoció a proxenetas, conocidos en la calle como chulos, le explicaron las variadas formas de quitarles el dinero a incautos como él. Estas conversaciones, el tiempo y la separación le hicieron olvidar a la estupenda hembra de los trópicos, de no haberlo hecho se habría convertido en Don Josejote de la Mancha idealizando a una mujer, que es lo mismo que decir desmujerezándola.

Como se dijo anteriormente perfeccionó sus habilidades profesionales, tuvo acceso al Neufert en el que constan las medidas requeridas para la construcción desde una escalera helicoidal a la normal, desde una puerta de entrada a la interior o las de un hospital, las medidas de cocinas, y un sinfín de múltiples datos. Toda esta información le abrió un camino a un espacio desconocido de la construcción, y lo estudió a fondo, tiempo tenía, a la vez se dijo a sí mismo que la manera de caminar en esta vida sin ser molestado, consistía en ceñirse a la legalidad y obtener el dinero del trabajo y con su esfuerzo personal. La lección la he aprendido, se decía para sus adentros –lo que con facilidad viene, con facilidad se va-, además no duele la ida cuando poco ha costado la venida. La prisión, con su tiempo parado en el tiempo, crea las idóneas condiciones para la reflexión sobre el mundo externo y sobre el mundo interno, los encarcelados no lo hacen, como tampoco lo hacen los que vigilan a los encarcelados, no haciéndolo tampoco los que ordenan encarcelarlos. José Monteñas lo hacía, lo hacía por su natural mente despierta, aunque alimentada de infortunios. Es cierto que las facilidades facilitan, como su propia palabra indica, pero no es menos cierto también que las dificultades por su propia dificultad, fortalecen el carácter de aquellos que las vencen.

Cumplida la condena, se trasladó de ciudad, trabajó y con unos pequeños ahorros montó su propia empresa de reformas. Todo marchaba como el tren sobre raíles, había trabajado, la empresa producía beneficios y contrató más personal, le absorbía mucho tiempo, pero le gustaba, y mayor placer le producía hacer bien el trabajo y su reconocimiento.

Pero el azar, a veces, juega malas pasadas y un día a la espera de que la luz del semáforo se pusiera en verde para cruzar de acera, alguien que estaba a su lado le dirigió la palabra.

– ¡Que alegría verte, José! –le dijo una joven que José reconoció al instante.

Ante él, se encontraba la estupenda muchacha colombiana, que durante todos esos años pasados no había perdido nada de lo de estupenda, incluso puede decirse que lo había incrementado.

Una corriente eléctrica pasó veloz por el cuerpo de José Monteñas hasta vibrar su alma como un diapasón. Un nudo en la garganta tan grande como la nuez del mismo sitio le impedía articular palabra, además no sabía que decir, ni que hacer, todo se le había quedado en blanco, la mente en blanco, el cuerpo en blanco, menos la cara que estaba pálida, todo para él estaba en blanco como una pantalla de cine sin proyección y en su centro ella, más mujer y más hermosa que antes.

Abreviando para no cansar y yendo al grano. A pesar de todo lo aprendido de los buenos propósitos y de otras muchas cosas, José Monteñas quiso probarse a sí mismo que se encontraba curado de ese mal de amor y que ella había desaparecido de su vida como un sueño. Si José había progresado también ella lo había hecho, tenía piso propio donde recibía, también se desplazaba a hoteles, seleccionaba sus clientes, hasta hacerse con una selecta clientela buscada entre lo mejor de la ciudad. Se había convertido en una meretriz del siglo XIX de vida alegre, pero trasplantada al siglo XXI, su trato con personajes poderosos y adinerados le proporcionó influencia, si en algún lugar se tiene influencia, ese no es otro que la cama, sin importancia alguna de la marca del colchón. Imponía a sus clientes sus caprichos arbitrarios, y otros intencionadamente buscados de manera que competían entre ellos por las atenciones de la estupenda colombiana cuyo acento había hecho desaparecer en sus expresiones, no sin gran esfuerzo. Si querían visitarla en su casa como otras veces, ella se negaba y quería recibirlos en un buen hotel, aunque fuese una corta visita, otras veces se lo negaba y los hacía esperar varios días, o le exigía que viniesen a ella sin ropa interior, jugaba con ellos como el gato con el ratón herido, en estos casos ratones heridos de loca pasión. Tigres en sus profesiones, ante ella eran ratoncillos a los que se le había cambiado, al menos por unas horas, su aburrida vida profesional y familiar, por un medio que todo lo rompe y cambia que no es otro que el sexo prohibido y sin inhibición alguna.

He aquí, en esta arca de Noé, en el que había un animal de cada especie instalado, instalarse también, de nuevo y otra vez, a José Monteñas. Lo resarcía, y saldó las cuentas amorosas atrasadas con creces, también le proporcionó relaciones futuras e importantes contratos. La colombiana, todo hay que decirlo, tuvo al principio quizá por limpiar algo de su conciencia que consideraba sucia, debilidad por él. Pero ella voluble, alegre y además, una profesional caprichosa, acabó cansándose de José Monteñas y su trato no se diferenciaba del que tenía con sus otros amigos, vamos a llamarlos así, que es menos hiriente y en los tiempos que corren, más socialmente correcto.

Los emolumentos que recibía, que no pedía, pues consideraba esa actividad denigrante para ambos y destructora de la amistad y los lazos de la ardiente pasión, que, según ella,

se creaba entre ellos, ya que pareciendo una operación mercantil se rompería la magia de la complicidad amorosa. Dinero que se ingresaba en una cuenta a su nombre, o en metálico en un sobre que dejaban en un cajón de una pequeña y bonita cómoda, o regalos costosos que finalmente suprimió, teniendo debilidad y preferencia por el oro en bruto en pequeños lingotes. Si José Monteñas aprovechó su tiempo en la prisión adquiriendo ciertos conocimientos, ella aprovechó su tiempo en la prisión sin barrotes que llaman sociedad, adquiriendo tales conocimientos y mañas sobre el hombre, que bien podía ser catedrática en varias asignaturas, si hubiese universidad de la putería. Los otros ratones tenían familia, es decir, mujer con quien aburrirse e hijos a quien querer cuando tenían tiempo, también había algún que otro rico soltero, que por su fortuna que no por fortuna, no tardarían mucho en dejar de ser ricos, aunque seguirían conservando la soltería.

José Monteñas descuidó el trabajo, se endeudó, se arruinó, quebró la floreciente empresa por su mala cabeza. Entró en depresión y tuvo que ser medicamente tratado y alejado de la ciudad por algún amigo, que alguno debía haberle quedado de los muchos que parecía tener. De ahí no salió durante años y durante años vagó como un vago y deambuló de ciudad en ciudad y de lugar en lugar, como un hombre sin arraigo y sin raíces, sintiéndose nadie y nada. Nunca se degradó con la mendicidad, obtenía algún dinero a cambio de algún trabajo, con él se desplazaba y pagaba el transporte. Puede decirse que mantuvo su dignidad.

Comía y dormía en instituciones para indigentes como él y que como él habían tocado fondo, unos quedándose irremisiblemente en ese fondo para el resto de sus vidas y otros, los menos, utilizando ese fondo como punto de empuje hacia una salida. Lo mismo le sucede al boxeador cuando utiliza el apoyo de las cuerdas del cuadrilátero para catapultar su cuerpo, al igual que le sucede al saltador de trampolín que al llegar al fondo de la piscina patea ese mismo fondo para impulsarse hacia la superficie. En psicología este degradante descenso hasta tocar fondo es conocido como brote psicótico, al igual que la superación situacional y el vencimiento sobre sí mismo y el impulso hacia la salida es conocido como metanoia. José Monteñas era uno de esos pocos, se mantuvo en el fondo sí, pero alerta, esperando agazapado la oportunidad para salir, pero para salir renovado espiritualmente, no se trataba del triunfo en los negocios, sin saberlo, su vacío era de vértigo interno, era sintiéndose nadie, la nada, no reconociéndose a sí mismo, nada le interesaba de su pasado, ni de su presente, del futuro, ni en él pensaba, pero seriamente escudriñaba dentro de sí, porque en él veía una pequeña llama lejana que le proporcionaba una referencia, como la estrella polar es guía para el navegante.
